



mano mayor, y siempre á la altura de las más difíciles empresas, como de los puestos más encumbrados, resistiendo á los halagos lo mismo que á los reveses de la fortuna, sin envanecerse, sin abatirse, sin vacilar nunca? ¿No hay en esto algo superior á la moralidad? ¿No se percibe aquí la esencia de la nobleza, la virtud? Si no fuese cosa cierta la buena estirpe de Domingo, bastaría con lo dicho para dar testimonio de su esclarecido linaje, que se perpetuaba en sus descendientes, y ponía de manifiesto la pureza de la sangre, luchando y venciendo de las necesidades de la vida, de la monotonía y del cansancio de los trabajos cotidianos. De esta suerte sacó de un taller el Todopoderoso, el móvil del acontecimiento más grande que haya sobrevenido á la humanidad.

A pesar de que los viese destinados á ganar su pan con el sudor de su frente, el buen artesano se esforzó en proporcionales la educacion más esmerada, sobre todo á Cristóbal, cuya inteligencia le admiraba, y lo envió á Pavía donde sin duda estaria protegido por alguno de su familia, que como dijimos ántes, era originaria de Lombardia. Contaba entónces este mancebo diez años apénas, y era una edad demasiado tierna para estudios tan graves con son la *filosofía natural*; la *astrología* y la *filosofía extraordinaria*, con los cuales se hizo célebre su universidad. Muchas investigaciones se han hecho para descubrir con qué maestros estudió los elementos de las ciencias, sin tener presente que la ciencia de sus maestros de nada pudo aprovecharle, puesto que no estuvo á su lado sino desde poco más de nueve años hasta los doce. A los catorce ya se habia embarcado, y sabemos que el tiempo que medió entre su salida de las aulas y su enrolamiento, lo pasó trabajando de aprendiz con su padre. No discutiremos el mérito de sus profesores, ni trataremos de investigar cuál fuera la influencia que ejercieron sobre él, como se ha tenido la candidez de hacerlo, cuando tiempos atras á instancias del historiador Luigi Bossi, los archiveros de la Universidad Pavía formaron la lista de aquéllos, que tal vez dieron lecciones á Colon. Este apunte comienza en 1460 y concluye en 1480. Entónces tenía él veinticuatro

años cumplidos, y once de navegar; y de nada pudo servirle la ilustracion de Antonius de Bernadigio, ni de Antonius de Terzago, que subieron á la cátedra para explicar la astronomía, miéntras el célebre matemático Franciscus Pellacanus con Albertus de Crispis, teniendo por auxiliares á Guido de Crema y Joannes de Marliano, cursaban la filosofia natural. A mayor abundamiento, tampoco siguió el curso de filosofia extraordinaria de Enrique de Sicilia, Francisco de Salo, Olinio Bosenasi y Agustín Carugo, cuya instalacion no se verificó sino en 1463 (1).

De lo que no hay duda es que se aplicó con maestros anteriores á los citados, cuyos nombres se ignoran, y que sacó el fruto de su constancia para utilizarse luégo.

Muchos no quieren persuadirse de que, apurados los recursos de su padre, volvió á Génova ántes de tiempo, para trabajar en su primer oficio con él y su hermano Bartolomé, pero la historia está terminante sin embargo, y todos los autores conformes en lo poco que sacó de su estancia en Pavía. Humboldt lo demuestra, su compatriota Gallo dice, que Cristóbal y Bartolomé tenían poca instruccion (*Intra pueriles aetas parvis litterulis imbuti*) (2), y Giustiniani lo confirma con estas palabras: *Hic puerilibus annis sex prima elementa edoctus* (3). A tan corta enseñanza sucedieron las faenas del taller, sobre lo cual estableció Gallo que fueron trabajadores durante su mocedad (*Textor pater, carminatores filii aliquando fuerunt*). Senarega insistió en lo mismo; pero al querernos explicar lo que entendia por *carminatores* lo hizo con un barbarismo (4), y Cas-

(1) La lista comunicada por los archiveros de Pavía comienza con el maestro Stephanns de Faventia y termina con Lacerus de Sigleriis (astrólogo).

(2) Antonii Galli. De navigatione Columbi per inaccessum antea Oceanum comentariolus. En la coleccion de Muratori, tom. XXIII.

(3) Augustinus Justinianus. Genuensis prædicatorii ordinis Episcopus, etc. Al márgen del salmo XXIII, en el Salterio poliglota dedicado al papa Leon X en 1516.

(4) Bartholomei Senaregae. Genuensis, de rebus genuensibus commentaria. «Carminatores ii sunt cuos vulgus Scarzatores appellat.» Pero generalmente se llama



soni aludió al aprendizaje; hablando de que pasaron algun espacio en la casa paterna, ántes de salir de viaje (1). A nosotros nos parece muy natural el pensar que desde que vino de la universidad, hasta que abrazó una profesion de su grado, tomára parte en los quehaceres de su familia.

Al salir de las angostas y sombrías calles de Génova, si se sube á sus murallas, ó á las severas montañas que la circundan por todos lados, sin dejarla libre más que por el Mediterráneo, como para obligarla á tomar aquel camino, queda el observador deslumbrado con la transparencia de su atmósfera serena y perfumada. Las azuladas, ondas lamiendo sus risueñas orillas, y la pura lontananza del golfo liguriano, elevan su alma, y trasportan su pensamiento á los siglos pasados; siente que á pesar de su magnificencia, no pueden bastar los límites de la ciudad de mármol á la imaginacion de sus hijos; comprende que las aguas son su vida, su sávia y su fuerza, y que una inclinacion general debia predisponerlos á lanzarse á los peligros y á las aventuras, de que el mar es tan fecundo. Cristóbal Colon, á quien su amor á la naturaleza inclinaba á la contemplacion de las cosas divinas, y al que un instinto secreto impelia al estudio de la geografia, quiso mejor luchar con las olas que con los monótonos y sedentarios trabajos del taller. Una consideracion particular pudo haber contribuido tambien en su decision, pues desde la pérdida de sus bienes en Lombardia, casi todos sus antepasados buscaron fortuna por igual camino, haciéndose célebres algunos de ellos en la marina de guerra.

Entónces era el arte de navegar de rudo y penoso aprendizaje; aparte de que los buques carecian de comodidad, pues el terreno se aprovechaba con gran economía, sobre todo en los mercantes, á causa de tener que ir armados por temor á los piratas, y siempre prevenidos á rechazar sus ataques, y hasta á tomar la revancha. Á pesar de haber cursado en Pavía,

ma un cardador *Scardassiere* y no *Scarzatore*, que es un verdadero barbarismo.

(1) «Si trattenero per qualche tempo nella casa paterna.» *Annali della repub. di Génova*.

debió el jóven escolar, siguiendo la costumbre establecida, dar principio á la carrera en calidad de mozo de cámara, y así olvidado en los rangos subalternos, fué como la experiencia, la práctica y la observacion le dieron la teoría, lo familiarizaron con las maniobras, los huracanes y los combates, y le adquirieron la serenidad, el aplomo, la pronta resolucion, la firmeza y el tino que son tan indispensables en un buen marino.

Sabemos que recorrió todo el Mediterráneo, á la sazón infestado de corsarios griegos, turcos y berberiscos, y que en un encarnizado combate, que la crónica no ha consignado, recibió una herida profunda, cuya cicatriz, por muchos años olvidada, se abrió en los últimos de su vida, poniéndola en grave riesgo (1). Expuesto á los trances más peligrosos, estuvo largo espacio surcando los mares; pero no hay ninguna luz que aclare aquella época tan penosa de su existencia. La primera vez que damos con él en un documento histórico, lo hallamos bajo el pabellon frances; pero ya como uno de los oficiales del célebre Colombo, tío de su padre, que comandaba una flota del rey René, contra Nápoles en 1459, y á quien llama Sabellicus «el ilustre archipirata.» Luégo le tenemos á bordo de otro capitán, sobrino del anterior, verdadero Duguay-Troniú de la Liguria, y que por diferenciarlo de él lo apellidaban *el mozo*.

Entónces, el discípulo de estos dos nobles lobos marinos era maestro, y así el rey René le confió la direccion de una empresa, que requería una audacia y habilidad poco comunes. Era nada ménos que para ir á Túnez á rescatar la *Fernandine*, galera de primera clase. Llegados á las aguas de San Pietro en Cerdeña, como supiesen que la *Fernandine* estaba guardada por dos navíos y una carraca, tal desproporcion de fuerzas turbó en gran manera á la tripulacion, que se amotinó, negándose á pasar más adelante, y pidiendo volver á Marsella. Ni pudo Colon con su persuasiva tranquilizar el pánico, ni tampoco hacerse obedecer; pues no

(1) «Allí se me refrescó del mal la llaga.» Cristóbal Colon. *Carta del 7 de Julio de 1503 á los reyes Católicos*.



tenía ningún medio material para conseguirlo; y como no quería retroceder, apeló á una estratagemas. Entrada la noche volvió la aguja, hizo dar las velas al viento, y los marineros creyeron que iban en demanda de Marsella; mas no era así, pues al romper el alba al día siguiente estaban á la altura de Cartagena, sin que ninguno lo sospechára siquiera (1). Este rasgo de su juventud, referido por él cuando era grande almirante del Océano, retrata bien su intrepidez, su resolución, su tino, y cuán poco le detenían los obstáculos que le oponían los hombres, porque si no los dominaba con la fuerza, los vencía con la habilidad.

No hay duda que luégo continuára Colon al servicio de René, durante los cuatro años que estuvo pretendiendo á Nápoles con las armas; pues fué principalmente en la mar donde obtuvo las mayores ventajas, y peleó más tiempo (2). Despues prosiguió navegando, bien solo, bien con algunos de sus parientes, hasta la última campaña de su vida militar, que se señaló con una circunstancia dramática, cuyos detalles nos inclinan á creer que no tuvo lugar sino por voluntad de la divina Providencia, en favor de aquel que iba á ser más adelante su fiel y pacífico servidor.

Si Colombo el Viejo gozaba de gran celebridad, no era ménos afamado Colombo *el mozo* en el Mediterráneo; pues habia conducido una escuadra contra los musulmanes. Tal vez induciria esto á Cristóbal á ponerse á su lado, porque en medio de los azares y trabajos de su vida, conservaba intacta la fe que hizo germinar en su pecho su buen padre. Además el odio á los turcos estaba escrito por las paredes de

(1) Fernando Colon, *Historia del almirante*, cap. IV.

(2) Nos complacemos en pensar, que cuando el último de nuestros abuelos de Italia tuvo que refugiarse en la flota francesa, que estaba en la rada de Nápoles, lo hiciera en el mismo buque de Cristóbal Colon, habiendo conocido por esta causa uno de nuestros antepasados al revelador del globo, cuya primera historia francesa habia de escribir uno de sus descendientes.

Génova, y aún se ve junto á la puerta de San Andres, cerca de la calle de Mulcento, en que vivia el cardador, una baldosa que dice: *Via de matamoros*.

Dejando las aguas de Levante se embarcó en calidad de oficial en un crucero, destinado á esperar cerca de las costas de Portugal á barcos venecianos, que venian con ricos cargamentos. Consigne Colon darles caza, y les embiste al salir el sol, entre Lisboa y el cabo de San Vicente. Llegan al abordaje, se defienden los de Venecia con intrepidez, y el combate se prolonga hasta la tarde; mas al venir la noche se incendia el casco enemigo, y como estaba tan fuertemente aferrado con el genovés, fué en vano quererle desasir y poner en juego las bombas, porque bien presto los dos se trasforman en una inmensa hoguera. Entónces todos se arrojan al mar, consiguiendo así no más que trocar la forma del peligro, pues se hallaban á diez leguas de la tierra más vecina.

Despues de un día entero de lucha, el cansancio estaba en su colmo, y por buen nadador que fuese Colon, hubiera perecido; pero la Providencia, que velaba por él, le acercó uno de esos anchos remos, con que en aquel tiempo se auxiliaban los buques en las calmas, lo asió, repuso sus fuerzas, y ganó la playa, dando gracias al Soberano autor de su salvacion. Sorrido por la caridad pública llegó á Lisboa, donde pensaba encontrar muchos compatriotas, y entre ellos tuvo la grata satisfaccion de ver á su hermano Bartolomé.

¡De qué medios tan maravillosos se vale la divina Providencia! Una calamidad, un desastre los convierte en un beneficio, en una gracia en favor de los aparecen ser sus víctimas. ¡Cuán grande ejemplo nos ofrece Colon, arrastrado contra su voluntad al centro de las ideas, que debian recibir en su mente nuevo ensanche, al único pueblo que se dedicaba á los descubrimientos y adquiria nociones cada vez mayores acerca del Océano y de los países del Mediodía!

## CAPITULO IX.

Estado lamentable de Castilla ántes del reinado de Isabel.—Su exaltacion al trono de San Fernando.—Creacion del poder de la nacion española por una mujer.—Impulso literario, regeneracion del espíritu nacional y acrecentamiento del catolicismo.—Retrato de la princesa que fué el más gran rey de los tiempos modernos.—Su influencia en los destinos de España.

La cristiandad tenía fijos sus ojos en el suelo español, contemplando los heroicos esfuerzos de sus denodados hijos, que de siglos atras peleaban contra los sectarios de Mahoma, trasmitiéndose la cruzada de generacion en generacion, como un título de nobleza; y al par que se complacia de su perseverancia inaudita, presagiaba que una gran recompensa sería el galardón de tanta fe en la gloriosa é impeccedera causa de la Cruz. En efecto, de dividido que estaba su territorio en reinos y emiratos independientes, iba á ensanchar sus límites, para no ser más que una monarquía, la más poderosa del universo.

El nombre de una mujer ilustre resonaba en aquellos tiempos desde Europa hasta los desiertos de Africa y las fronteras de Oriente: era el de la reina más grande que nos presenta la historia, el de la sabia y victoriosa guerrera, que lo mismo en el fausto de la córte que en medio de sus soldados, llenó de admiracion á todos, permaneciendo siempre piadosa y modesta; nombre dulce é inmortal que está escrito en la primera página de los anales de los viajes y de las colonias en el Nuevo Mundo, porque la que lo llevaba fué el medio de su

descubrimiento; así como el hombre que la reveló la existencia de aquellas apartadas regiones, era el designado por Dios para descorrer el velo que las cubria.

Debemos entrar en algunos pormenores, que son de absoluta necesidad para esclarecer la mision del perfecto cristiano cuyos hechos vamos á narrar, pues su venida á España, y el papel que representó en los destinos de la nacion, nada tuvieron de casual, sino que fueron el corolario de principios ya establecidos, el premio de una obra digna de apreciarse bajo el punto de vista histórico y de la fe católica.

Con motivo del fallecimiento de D. Enrique *el Doliente*, recayó la corona en su heredero, á la sazón de dos años, que fué proclamado con el nombre de Juan II. Débil de espíritu, como su padre lo habia sido de cuerpo, vejetó sin cuidarse del trono, entregado á todo género de goces, dejando reinar por él al ministro de sus placeres D. Álvaro de Luna. Competia este favorito en ostentacion con su señor; vivia con magnificencia, rodeado de sus gentiles hombres, de sus oficiales, de sus cortesanos y de sus poetas. Llegó á tener sus anales como un soberano, anales que ocupan un lugar entre las